



LA mañana del 6 de junio de 1924, en un campamento encaramado a más de 7.000 metros en un saliente de hielo en lo alto del glaciar del Rongbuk y justo bajo el borde del collado Norte del Everest, el jefe de la expedición, el teniente coronel Edward Norton, se despidió de dos hombres que partían para intentar un último ascenso desesperado a la cima. A sus treinta y siete años, George Leigh Mallory era el alpinista más ilustre de Gran Bretaña. Sandy Irvine era un joven universitario de veintidós años que venía de Oxford y que no tenía apenas experiencia en la montaña. El tiempo era oro en aquel momento. Aunque el día estaba despejado, en los cielos australes se arremolinaban bancos de nubes que revelaban que el monzón había llegado a Bengala y que pronto barrería el Himalaya y, como decía uno de los montañeros, «lo sumiría todo en el olvido». Mallory, como siempre, era más optimista. En una carta que envió a casa, escribió: «Esta vez nuestros pies se deslizarán hasta la cima, con Dios de nuestro lado, o machacaremos el suelo con nuestras botas hasta la cumbre con el viento entre los dientes».

Norton no era tan optimista. «No cabe duda», le confió a John Noel, un explorador veterano del Himalaya y fotógrafo de la expedición, «de que Mallory sabe que está persiguiendo una esperanza perdida.» Quizá el recuerdo de pérdidas anteriores lastraba los pensamientos de Norton: siete sherpas

murieron en la montaña en 1922, dos más aquella estación, el físico escocés Alexander Kellas fue enterrado en Kampa Dzong durante la marcha de aproximación y reconocimiento en 1921. Por no mencionar a los que habían estado al filo de la muerte. Incluso Mallory, un escalador de asombrosa gracia y admirable potencia, había atisbado la muerte en el Everest en tres ocasiones.

Norton conocía la cara cruel de la montaña. Desde el collado Norte, la ruta hacia la cima seguía por la arista Norte, que se eleva espectacularmente varios cientos de metros hasta unirse con la arista Noreste, que lleva hasta la cima. Justo el día anterior, Howard Somervell y él mismo habían salido de un campamento avanzado en la arista Norte a 8.169 metros de altitud. Alejándose de los fuertes vientos que azotaban dicha cresta, habían iniciado una travesía ascendente para alcanzar el Gran Corredor, que abre una grieta en la cara Norte y cae desde la base de la pirámide de la cima hasta el glaciar del Rongbuk, unos 3.000 metros más abajo. Somervell abandonó a los 8.534 metros. Norton siguió adelante, temblando de frío, tiritando tan fuerte que pensaba que había sucumbido a la malaria. Más temprano aquella misma mañana, escalando por roca negra, había cometido la estupidez de quitarse las gafas de aviador. Cuando llegaron al Corredor, ya veía doble y hacía cuanto podía para mantenerse en pie.

Se vio forzado a dar la vuelta a 8.572 metros cuando apenas quedaban trescientos para llegar a la cima; se salvó gracias a Somervell, quien le llevó de vuelta por las placas de roca cubiertas de hielo. Durante el trayecto de retirada hacia el collado Norte, Somervell, de repente, colapsó, incapaz de respirar. Se golpeó el pecho, consiguió librarse de la obstrucción y escupió toda la mucosa de la garganta.

Por la mañana, Norton no podía ver nada, la luz del sol lo había cegado temporalmente. Retorciéndose de dolor, observaba el plan de ataque de Mallory. En lugar de atravesar la cara de la montaña hacia el Corredor, Mallory e Irvine lo intentarían por la arista Noreste, donde sólo dos obstáculos se interponían entre ellos y la pirámide de la cima: una inconfundible torre de roca negra llamada Primer Escalón y, más adelante, el Segundo Escalón, un risco de 30 metros que tendrían que escalar. Aunque le preocupaba la falta de experiencia de Irvine, Norton no había hecho nada para cambiar la composición del equipo. Mallory estaba poseído. Como veterano de las tres expediciones británicas conocía el Everest mejor que ningún hombre vivo.

Dos días más tarde, en la mañana del 8 de junio, Mallory e Irvine salieron de su campamento en altura rumbo a la cumbre. La luz brillante del amanecer dibujó tenues sombras mientras, en el cielo, bancos de nubes luminosas sobrevolaban la montaña. A la una menos diez de la tarde, Noel Odell, un formidable montañero que estaba de apoyo, los vio con vida por última vez, fugazmente, desde un peñasco rocoso: dos pequeños puntos que subían por la arista. Cuando la neblina los envolvió, confundiendo su recuerdo con el mito, fue el único testigo. Su desaparición atormentó a toda una nación y dio lugar al mayor misterio en la historia del montañismo.

Odell nunca albergó duda alguna de que alcanzaron la cima antes de encontrarse con el fin de sus días. Tampoco se cuestionó el noble propósito que los había llevado a cruzar cientos de kilómetros a pie, desde la India, a través del Tíbet, sólo para llegar a las faldas de la montaña. Odell escribió unas palabras sobre sus dos amigos perdidos: «Lo úl-

timo que vislumbré de uno de ellos –que era una de esas personas encantadoras que se granjean simpatías allá donde van y que tenía dones innatos que parecían señalar las posibilidades del cuerpo y la mente– fue que iba a “seguir firme” compartiendo con el otro gran personaje que iba a su lado esa visión de lo sublime, que es el destino que muy pocos mortales tienen derecho a llevarse consigo; muy pocos han logrado fundirse en semejante escena de trascendencia».